AMISTAD DE DIOS = CASTIDAD

Felipe Santos, SDB

LA CASTIDAD: LA AMISTAD DE DIOS

Tenemos necesidad urgente de reflexionar juntos en el sentido del voto de castidad. Afecta a las aportaciones centrales de nuestra humanidad: nuestra sexualidad, nuestra corporeidad, nuestra necesidad de dar y recibir afecto, y sin embargo, a menudo, sentimos miedo en hablar de ello. Es con frecuencia una lucha a solas con miedo e incomprensión.

Por supuesto, este voto como los otros, es un medio. Nos da la libertad para predicar y estar disponibles para el Evangelio. Pero, a propósito de este voto, es quizá importante que no se considere sólo como una necesidad costosa. Si no llegamos a aprender, tras mucho tiempo de sufrimiento, a asumirlo positivamente, puede envenenar nuestras vidas. Nos es posible asumirlo porque, como todos los votos, la castidad se ordena a la caridad, a este amor que es la vida misma de Dios. Es una manera particular de amar. Si no lo es, entonces nos conducirá a la frustración y a la esterilidad.

El primer pecado contra la castidad, es la falta de amor. Se decía de un santo que« como amaba a todo el mundo, todo el mundo lo amaba ». Lo que está aquí en juego una vez más, es la autoridad de nuestra predicación y modo de vida.

¿Cómo podemos hablar del Dios amor si no es un misterio que vivamos? Si sí, reclamará de nosotros muerte y resurrección. La tentación es coger vía habitual huida. Una de evitación, activismo, perderse en un trabajo trepidante, un buen trabajo, incluso importante para huir de la soledad. Podemos ser tentados de huir de realidad incluso de nuestra sexualidad y nuestra corporeidad. Tenemos que luchar contra dualismo. Domingo fue el que luchó contra la división del cuerpo y del alma, el espíritu y la materia. Esto sigue como una tentación actual. Por parte, nuestra cultura es profundamente una dualista.

La pornografía, que parece deleitarse en la sexualidad, es en realidad una huida, un rechazo de esta vulnerabilidad que pide la relación humana. El voyeurista gurda sus distancias, invulnerable y bajo control, por miedo.

Nuestra corporeidad es bendecida y santificada en la Encarnación. Si predicamos la Palabra hecha carne, no podemos entonces negar u olvidar lo que somos. Nos preocupamos por los cuerpos de nuestros hermanos, asegurándoles el alimento, los cuidamos cuando están enfermos, ¿les damos ternura cuando son mayores? Cuando Bede Jarrett animaba a un joven benedictino que sentía los primeros sufrimientos de la amistad, escribía:

« Estoy feliz porque pienso que tu tentación ha sido la del puritanismo, de una gran estrechez, de una cierta inhumanidad. Tiendes casi a un rechazo de la santificación de la materia. Estabas enamorado del Señor, pero no realmente de la Encarnación. De hecho, tenías miedo.

El fundamento de nuestra castidad no puede ser nunca el miedo, el miedo de nuestra sexualidad, el miedo de nuestra corporeidad, el miedo de las personas del otro sexo... Pues el Dios que se ha acercado a nosotros se ha atrevido a hacerse carne y sangre, aunque eso le llevara a la crucifixión. Finalmente, este voto exige de nosotros que pasemos por donde Dios pasó primero. Nuestro Dios se hace carne y nos invita a ser otro tanto.

Santo Tomás de Aquino afirma-lo que es sorprendente-, que nuestra relación con Dios es una relación de amistad. La buena nueva que predicamos, es que tengamos parte en el misterio infinito de la amistad del Padre, del Hijo que es Espíritu. De hecho, Tomás explica que los "consejos evangélicos" son los consejos ofrecidos por Cristo en la amistad. Una manera de vivir esta amistad es nuestro voto de castidad. Para ver mejor lo que exige de nosotros, reflexionemos un instante en los dos aspectos de este amor trinitario: es un amor absolutamente generoso y no posesivo y es un amor entre iguales.

1. Un amor no posesivo

Este es el amor absolutamente generoso y no posesivo por el cual el Padre da a su Hijo todo lo que es él, incluida en él su divinidad. No es un sentimiento o una emoción, sino el amor que funda el ser del Hijo. Todo amor humano, de casados o religiosos, debe buscar vivir este misterio y participar de su generosidad no posesiva.

No debemos tener ninguna ambigüedad acerca de lo que exige este amor de nosotros que hemos hecho voto de castidad. Eso no significa sólo que no nos casamos, sino también que nos abstenemos de toda actividad sexual. Esto exige de nosotros una renuncia clara y real, un ascetismo. Si pretendemos hacer de otro modo y aceptamos voluntariamente compromisos, entramos entonces en un camino que pede llegar a ser imposible mantener y hacernos, como otros, terriblemente desgraciados.

La primera cosas a la que somos llamados, escreer que el voto de castidad puede ser verdaderamente una manera de amar; es un camino que puede hacer de nosotros seres ricos en afecto y plenamente humanos. Los mayores de menudo nuestra comunidad son a signos Nos codeamos con para nosotros. esperanza hombres y mujeres que han paso por las pruebas de la castidad y han logrado la libertad de los que pueden amar en libertad. Pueden ser para nosotros signos de que nada es imposible con Dios.

Entrar en este amor libre y no posesivo llevará tiempo. Podemos encontrar fracasos y desalientos en el camino. Ahora que algunas personas entran en la vida religiosa con una edad más avanzada que hace algún tiempo, que ya han tenido experiencias sexuales, no debemos imaginar la castidad como un inocencia que se puede perder, sino como una integridad del corazón en la que podemos crecer. Incluso los momentos de fracaso pueden, con la gracia de Dios, dibujar la ruta por la que llegamos a ser más maduros, pues "sabemos que en todo actúa Dios por el bien de los que le aman» (Rm 8,28).

Nuestras comunidades deben ser lugares en los que nos demos el valor cuando el corazón duda, el perdón cuando se cae y la verdad cuando el otro es tentado de mentirse a sí mismo. Debemos creer en la bondad de nuestros hermanos o hermanas cuando dejan de creer en ella. Nada hay más peligroso que el desprecio de sí mismo. Como escribía Damián Byrne en su carta, *La vida en común*:

« Aunque el santuario más profundo de nuestros corazones esté entregado a Dios, tenemos otras necesidades. Nos ha hecho tales que un amplio aspecto de nuestra vida es accesible a los otros y se requiere por los otros. Cada uno de nosotros necesita experimentar la verdadera atención de los otros miembros de la comunidad, su afecto, su estima y su amistad...

Vivir juntos significa compartir el pan de nuestros espíritus y de nuestros corazones mutuamente. Si no se encuentra eso en las comunidades, puede que se vayan a otro sitio.

A veces, el paso a una verdadera libertad e integridad del corazón exigirá de nosotros que pasemos por el valle de la muerte, la prueba y que sepamos afrontar los momentos o ideas que nos llevan a la esterilidad y la frustración. ¿Es posible pasar esta encrucijada de pruebas sin la oración?

Hay ante todo la oración que compartimos con la comunidad, la oración diaria, fundamental para nuestras vidas. Pero también existe la oración silenciosa y privada, que nos coloca frente a frente con Dios, en instantes de una verdad inevitable y de un perdón conmovedor. Es ahí donde se aprende la esperanza. Había un santo que andaba delante de sus hermanos para que él pudiera estar solo para orar. Es muy importante la oración en silencio.

2. El amor que hace iguales

En fin, el amor que hay en el corazón de Dios es absolutamente fecundo. Engendra, crea todo lo que existe. Por eso luchamos en el ejercicio de la castidad, no es sólo la necesidad de afecto sino el deseo de engendrar, dar a luz. Nuestra atención mutua debe comportar una inquietud por la creatividad que cada uno posee, y nuestras vidas de consagrados deben liberarse por el evangelio. Puede ser la creatividad de un hermano o hermana que nos lleva a trabajar en la parroquia, colegio,

misiones, Internet, teatro... Nuestra castidad no debe ser nunca estéril.

El amor que es Dios, es bastante fecundo para crear una igualdad. La Trinidad existe sin dominación ni manipulación. No es ni paternalista ni condescendiente. Nuestro voto de castidad nos invita a amar, vivir en el amor y anunciar el evangelio. La amistad encuentra o crea igualdad.

Estamos llamados a vivir la Encarnación y ésta no se entiende sin amor. La castidad es un camino para amar. Y cuanto más se ame, más fácil surge y florece la castidad.

CONCLUSIÓN

Los votos sólo tienen valor en cuanto que nos liberan para la misión. No son una carga pesada que nos aplaste, sino que nos dan una libertad para andar ligeramente mientras vamos a lugares nuevos, para hacer algo nuevo.